



Arte: Virginia Vera

## La única línea recta

Cuando íbamos a la capital a participar en algún plenario o actividad de formación, siempre parábamos en el departamento de David, solía estar de viaje y nos dejaba las llaves en la casilla de seguridad en la entrada

Su departamento estaba en un complejo de viviendas conocido vulgarmente como “las torres”, se componía de diez “monoblocks” de cinco pisos y cuatro “torres” de doce pisos. Estaban contruidos con ambientes amplios y materiales de buena calidad, fueron edificados a fines de los setenta según pude averiguar, durante la dictadura militar. Particularmente me asombraba el diseño del complejo por su geometría, su austeridad, su economía, su buena construcción y su capacidad para cimentar un hábitat para mil personas en un pequeño terreno de forma irregular, de no más de cuatro mil metros cuadrados y que, sin embargo, en ningún momento provocaba sensación de hacinamiento; por el contrario, había aire y espacios verdes hacia donde uno mirara. Los bloques tenían escaleras y ascensores exteriores, seguían un patrón de puentes que los conectaban entre sí y de amplios túneles que los atravesaban a su vez. Había un ascensor cada dos bloques que sólo paraba en los pisos pares, es decir en el segundo y el cuarto. Las torres, por su parte, eran para la gente más pudiente, tenían en planta baja un recibidor bien decorado cerrado con puertas de vidrio, porteros eléctricos y ascensores interiores, como cualquier edificio actual. El departamento de David estaba en el quinto piso del bloque ocho por lo que, para llegar, debía atravesar gran parte del complejo, recorrer patios, atravesar túneles, luego usar el ascensor del bloque siete hasta el cuarto piso, cruzar un puente hasta el bloque ocho y subir un piso por escaleras.

Las noches de verano cuando caminaba hacia el departamento miraba en los balcones de las majestuosas torres, las amplias puertaventanas abiertas, las cortinas blancas que se ondulaban al compás de la brisa fresca que venía del río y podía imaginar el espacioso living bien amoblado y el piso de parquet en su interior. En otros balcones, los reflejos de luces cambiantes en las translúcidas figuras de las cortinas, me llevaban a imaginar la sala con un gran televisor encendido y a sus moradores sentados en un sofá tomando deliciosos helados

en computeras de vidrio mientras veían alguna película. Los monoblocks claro, no evocaban esas imágenes, sino algo más cercano a mates con criollitos, a guiso de lentejas; pero hasta eso admiraba de la construcción, la capacidad de disponer viviendas para dos clases sociales distintas (para los generales y para los rasos), en el mismo espacio común y que todo fluyera naturalmente, sin aparente conflicto.

La última vez que fui, bajé a comprar a una despensa y al volver encontré a mi compañero Pablo fumando en el balcón, con los antebrazos apoyados en la baranda, mirando a la lejanía; giró hacia mí y me dijo “¿Sabés qué no puedo entender?, ¿a quién carajo se le ocurrió construir todo con líneas rectas?” Cansado, dejé la bolsa en el piso y adopté su posición, miré la extensa ciudad que se presentaba ante nosotros, vi una enorme y cenicienta urdimbre de rayas. “No es raro que a uno se le haya ocurrido, sino que la idea haya prendido tanto, todas las ciudades, casas y edificios se construyen con líneas rectas ¿de dónde viene esa obsesión? En la naturaleza no hay líneas rectas”, agregó. Primero pensé que eran cavilaciones de una persona que en la vida había tenido todo resuelto, como si tales preocupaciones fueran sólo otro lujo que podían darse los burgueses, pero solo era esa base de resentimiento de la que no logro librarme cuando las cosas no marchan bien. Pablo era un compañero con todas las letras, venía de clase media alta es cierto, había estudiado arquitectura, carrera costosa y en sus inicios era del tipo ONG, pero ya hacía tiempo que era vía campesina. Hizo su recorrido, un admirable recorrido, hasta llegar a vivir con los paisanos del norte de Córdoba y enfrentar a las temidas guardias blancas, las patotas de los terratenientes sojeros. Realmente había que tener huevos y compromiso para estar ahí, era riesgoso. Por mi parte, es obvio que nunca me hubiera planteado el dilema que lo inquietaba, venía de otra realidad, había nacido, crecido y militado en barrios pobres donde el hacinamiento siempre fue un problema, donde era común que durmieran seis en una habitación o que se usara el mismo sitio como cocina y comedor de día y como dormitorio a la noche; las construcciones se levantaban con chapas, ladrillos, bloques de cemento, en general lo que sobraba, se hurtaba de otras obras o se obtenía de ayuda social de los municipios, eran construcciones mestizas, hechas de a tramos, mal alineadas, ¿qué problema podía haber con las líneas rectas?

Yo me sentía profundamente arraigado a mi gente, a mis raíces, exploraba profundamente en ellas y de ellas me nutría. Conocía las historias de mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos, de amigos de mi padre, de mis vecinos. La historia de mi gente, generación tras generación, era una historia de mucho sacrificio y quería honrarla

Pero Pablo hizo lo opuesto, él había cortado todo lazo con su familia, con sus amigos de la infancia, con su ciudad, con sus compañeros de facultad, con sus gustos previos y sus creencias. Luego tejía lazos intensos pero precarios, provisorios, con aquello que “su espíritu le mandaba”, cómo solía decir. Sólo había podido arraigarse en el monte, lejos de todo lo que conocía.

No éramos idealistas ingenuos, sabíamos lo que estábamos creando, sabíamos para qué y para quiénes. Ya entonces las consecuencias se percibían cada vez con mayor violencia en las villas, en la frontera de la soja y dónde cualquier excluido reclamara su pertenencia. Ambos anhelábamos un futuro mejor, pero yo necesitaba trabajar en futuros cercanos y posibles, y Pablo era un alquimista, disgregaba cualquier orden e imaginaba otros nuevos.

Una vez, cuando estábamos en una pausa de la reunión de la Mesa Provincial en Córdoba, me abrí un poco con él. Le comenté que había puesto en duda mi continuidad en la universidad, le dije me sentía muy apegado a mi gente, a mis amigos de toda la vida, a mi barrio, le comenté la historia de sacrificio de mi familia, le dije que sentía orgullo pero por otro lado también que me limitaba; el problema era que cuando estaba en ambientes académicos o entre gente acomodada económicamente, aunque fuéramos ideológicamente afines, me sentía un extraño, sentía incomodidad, una mezcla de rechazo y vergüenza, no era feliz. Esa noche, luego del plenario, fuimos a comer unas empanadas con vino en La Alameda y en plena guitarreada, cuando compartíamos con tanto júbilo el calor de la verdadera fraternidad con los compañeros de la economía popular, él escribió algo en un papel, lo dobló con cuidado y me lo deslizó, el papel decía: “Arrastras las cadenas de mil antepasados pero también te empuja su poderoso deseo, un deseo de liberación”.

Giré sobre la baranda y miré hacia el interior del departamento un momento, ventanas, armarios, mesas, sillas, la tv, ahora no podía dejar de ver líneas rectas

y en escuadra en todos lados, luego volví a mi posición inicial, “las líneas rectas están en el interior de los hogares también –dijo- ¿Qué representa en nuestro interior? En nuestro cuerpo tampoco hay líneas rectas...”.

Lo imaginé abandonar su mundo conocido para irse a vivir al monte, lo imaginé dejando el tablero de dibujo técnico, reglas, escuadras y sus costosos lápices para ir a construir viviendas de construcción natural, esas que él edificaba magistralmente sin nivel ni plomada, sólo con arcilla, paja y palos; lo imaginé al atardecer armando un cigarro, mirando las ramas nudosas y enmarañadas de chañares y algarrobos, levantando la vista al cielo abovedado lleno de estrellas, escuchando el despertar de los insectos y los animales nocturnos. Lo imaginé leyendo sus libros de poesía. Por la razón que fuera, lo inquietaba esa pregunta, yo sentía que me invitaba a su mundo, a participar de su particular manera de sentir, un lugar donde todo debía ser abandonado y luego ser nuevamente observado, reconsiderado desde la distancia, aislado de cualquier orden.

Ésta vez, deseaba deslizarle yo un papel.

Si nuestra misión implicaba que una lógica del mundo debía ser desplazada y otra visión debía imponerse, extendiéndose en todos los planos y hacia todas las direcciones, entonces no estaba mal replantearse cualquier asunto, incluso éste que me parecía tan trivial.

Como militante de villas; deseaba que tuvieran líneas rectas; en sus calles, en cordones cuneta, en cañerías de gas y agua, en postes de luz bien instalados y también en sus hogares.

Me di cuenta de que me agradaban las líneas rectas, mucho.

Pasaron algunos minutos, nos quedamos los dos con la mirada perdida en la lejanía y entonces vi todo claramente; vi el río interminable a lo lejos..., vi nuestros anhelos..., vi lo que debía decir el papel que, esa vez, iba yo a deslizarle: “Pablo, es que la única línea recta que el hombre vio durante milenios, fue la del horizonte”.